

EL CHARCÓN: UN ASENTAMIENTO PREHISTÓRICO EN CERRO ARDITE, ALOZAINA (MÁLAGA)

por Juan Fernández Ruiz (*) y José Enrique Márquez Romero (**)

1. INTRODUCCIÓN

Ardite es un escarpe rocoso que se alza 460 metros sobre el nivel del mar entre las poblaciones de Alozaina, Tolox, Guaro y Coín. Sus coordenadas geográficas son 36° 42' 00" de latitud Norte y 4° 50' 19" de longitud Oeste. Está constituido por una serie de estratos calizos que emergen desnudos en los cortados o están cubiertos por malezas en su parte superior y sumergidos bajo los depósitos arcillosos en las media y baja.

Hidrográficamente la zona está dominada por río Grande, curso continuo de agua que discurre entre la Sierra de Las Nieves y el Guadalhorce, regando una serie de huertas que se alinean estrechamente en sus márgenes. En sus laderas los cultivos principales son el cereal, el olivo y el almendro. En las huertas los cítricos. Y allí donde los cultivos no llegan el paisaje se muestra salvaje y crece el palmito, la aulaga, la retama y la encina.

Administrativamente en Ardite confluyen los términos municipales de Alozaina, Tolox, Guaro y Coín.

Se accede por la carretera C-344 de Jerez a Málaga por Ronda, a la altura del km 61 por el Cortijo Benítez. Cruzado río Seco y por Las Angosturas se llega a Villalba, desde donde se vadea el río Grande por Valenciana y se alcanza el Cerro de Ardite.

Cerro Ardite aparece por primera vez en la documentación arqueológica en 1984 cuando en una síntesis de la Prehistoria malagueña se dan a conocer materiales arqueológicos procedentes de un depósito silíceo situado en una de sus laderas (Ferrer, J.E.

(*) (**). Área Prehistoria. Dpto. Ciencias y Técnicas Historiográficas, Historia Antigua y Prehistoria. Universidad de Málaga.

1984). Poco tiempo después dicho yacimiento fue incluido entre los denominados talleres «Facies de Cantera» correspondientes a la Edad del Cobre y el Bronce (Ramos J. et alii 1987). En esa misma fecha los autores del presente trabajo publicarían un estudio específico del afloramiento de materia prima, identificando un área de taller en la que se observaban restos de trabajos manufactureros correspondientes a distintas trayectorias tecnológicas, tanto de extracción como de transformación de soportes líticos, que se solapan en el espacio y se suceden en el tiempo. De hecho se aislaron diversas cadenas operativas elementales que se concretaban en la obtención de lascas de importantes dimensiones, algunas de las cuales posteriormente serían transformadas en útiles como muescas, denticulados y, en menor medida, en raspadores, buriles, dorsos abatidos, perforadores y algún que otro ejemplar de raedera. No obstante solamente pudimos discriminar, con precisión, una explotación perteneciente a momentos antiguos de la Edad del Cobre consistente en la obtención de hojas o láminas prismáticas de sílex a partir de núcleos cresta, que eran preparados previamente mediante la realización de dos o tres aristas, utilizándose una de ellas para iniciar el proceso de extracción, quedando normalmente las otras intactas como solución a posibles procesos defectuosos. Como ocurre en estos casos los soportes extraídos no fueron encontrados en el afloramiento de sílex lo que nos hizo pensar que fueron trasladados de lugar.

Más recientemente, dentro del estudio que se realizó sobre la economía del sílex de las primeras comunidades metalúrgicas de nuestra provincia (Márquez, J.E. 1999), el taller de Ardite fue replanteado como una fuente de suministro de materia prima que, de forma recurrente, fue explotada a lo largo de diversos períodos de la Prehistoria; así las actuaciones humanas durante el Paleolítico aparecían sólo apuntadas y sobre ellas se solapaban otras labores artesanales mucho más recientes que debieron desarrollarse en el III milenio antes de C., sin descartar incluso, la posibilidad, de que existieran en el lugar explotaciones de época ya histórica. A partir de estos momentos, el estudio de esta fuente de suministro lítico ha sido incluida dentro del proyecto general que sobre el poblamiento humano y el territorio durante la prehistoria y la protohistoria en el río Grande, vienen dirigiendo los firmantes de este artículo, adelantando que actualmente está en vías de realización un estudio sobre dicho afloramiento, donde esperamos completar la información disponible, con nuevos estudios petrográficos, espaciales y tecnológicos.

Aquí es preciso aclarar, que la proliferación de contextos arqueológicos que hemos podido discriminar desde 1987, en el Cerro Ardite, y de la que la presente noticia es una aportación más, recomiendan denominar, desde estos momentos, al Taller de Ardite como afloramiento silíceo de El Garrotal, para precisar con más rigor tanto la naturaleza del yacimiento como su ubicación precisa dentro del propio Cerro de Ardite donde se incluye (Fig. 1).

Las siguientes actuaciones realizadas en la zona, son más recientes. Así la noticia dada a conocer por José Miguel Sedeño y Antonio Palma de la existencia de una posible estructura funeraria localizada en la finca de la Dehesilla, en la falda Noreste del Cerro, con el arroyo de El Charcón a sus pies, hizo que nos interesáramos por ella y que realizásemos una visita en la primavera de 1999. Nuestra prospección permitió confirmar la presencia de una estructura megalítica a la vez que comprobamos como la misma se veía gravemente afectada por el crecimiento de un olivo y un almendro, cuyas raíces habían dislocado en sumo grado varios de los ortostatos del sepulcro, que lamentable-

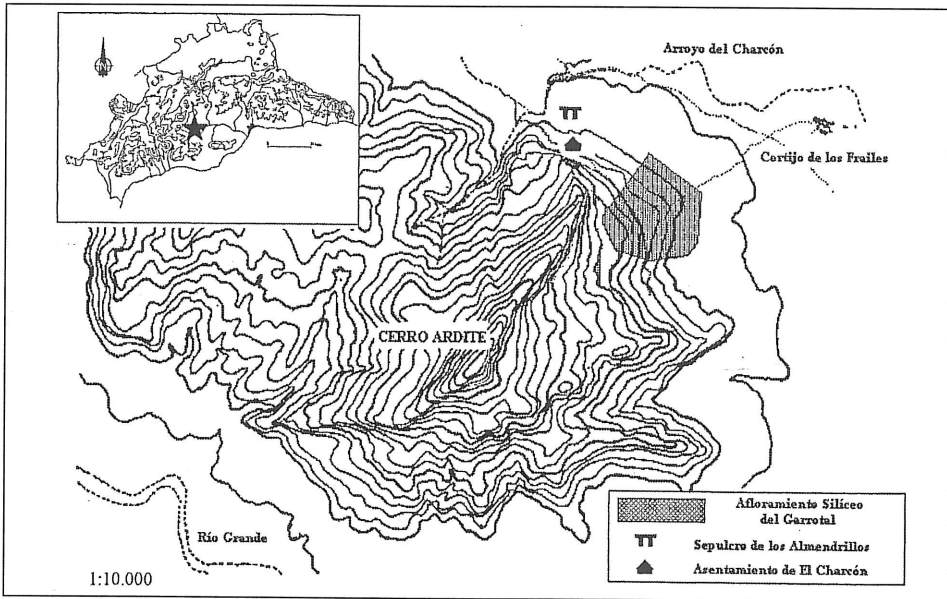


Fig. 1. Situación del yacimiento.

mente había perdido la cubierta en su integridad. Estas circunstancias se veían agravadas por las labores agrícolas realizadas en la zona, que habían producido un amontonamiento de grandes cantos afectando directamente su lateral izquierdo, con evidente riesgo de provocar el desplome definitivo del mismo.

Comunicada esta circunstancia a la Delegación Provincial de Cultura en Málaga y con el correspondiente permiso, se procedió a realizar una excavación de urgencia durante los meses de Julio y Agosto de 1999 que permitió documentar la estructura, recuperar el ajuar en su interior conservado y programar las oportunas medidas tendentes a la conservación del yacimiento. Un avance de los resultados fue presentado en el III Simposio de Prehistoria de la Cueva de Nerja celebrado en Mayo de 2000 (Fernández, J. y Márquez, J.E. ep).

Tipológicamente el enterramiento resultó ser un sepulcro con un corredor escasamente diferenciado, en cuyo interior se localizaron 32 individuos acompañados de numerosos y variados elementos de ajuar, desde cerámicas, muy fragmentadas, hojas de sílex de diversos tamaños, entre los que destacan algunas hojitas de cristal de roca, dos azuelas de dolerita, un escoplo y un punzón de cobre, diversos objetos de hueso (punzones, colgantes), collares de cuentas de dolerita biconcavas y de *Trivia europaea* e idolo-falanges así como una figura antropomorfa de barro cocido. Todo ello con una cronología de en torno a finales del IV milenio a. C. en fechas calibradas.

Durante la realización de estos trabajos pudimos comprobar la presencia de numerosos restos arqueológicos de distintas épocas en el terreno plano que domina el lugar de ubicación del sepulcro. Se trata de un espacio de unos pocos miles de metros cuadrados, sembrado de olivos, que forma una plataforma a modo de escalón en esta ladera del Cerro de Ardite y que denominamos El Charcón, por su proximidad a este curso de agua. Sus límites están marcados por un brusco descenso del terreno a modo de

escalón hacia el Norte, una pared rocosa sobre la que se sitúa la llamada «Cueva» del Moro hacia el Este y el Sur y un terreno que se ondula y sube suavemente hacia el Este (Fig. 9 y Lámina I). A los materiales superficiales que se recogieron durante la excavación del sepulcro, pudimos añadir otros artefactos, procedentes del lugar, reunidos previamente por José Miguel Sedeño y Antonio Palma, quienes amablemente nos permitieron el acceso a dicho conjunto que configura, con los objetos de nuestra prospección, el grueso de los materiales que presentamos en el presente trabajo.

Además de la recogida de los artefactos, la prospección realizada en el entorno del sepulcro de los Almendrillos se orientó a la búsqueda de indicios estructurales que pudieran explicar la gran concentración de restos arqueológicos, sin que se lograra localizar ninguna evidencia de fondo de cabaña o construcción alguna, lo que no ha sido motivo para que consideremos probable la existencia en el lugar de un asentamiento ocupado durante la prehistoria, aunque por el momento y mientras no realicemos los sondeos estratigráficos previstos, toda la caracterización del mismo deba proceder de las inferencias alcanzadas tras el estudio de los materiales de superficie.

Para finalizar esta introducción sólo nos resta aclarar que la publicación de estos materiales de superficie se justifica, pese a las limitaciones que este tipo de contextos arqueológicos comporta, por la necesidad de ir completando la visión global del poblamiento humano que durante la prehistoria tuvo Cerro Ardite y de las posibilidades que, como veremos más adelante, ofrece el establecimiento de relaciones espaciales entre los distintos contextos en él conocidos.

2. DESCRIPCIÓN DE LOS MATERIALES

2.1. Artefactos líticos tallados

La proliferación de artefactos líticos tallados es uno de los más claros indicadores de que, en el olivar del Charcón en Ardite, existió durante la prehistoria una ocupación humana muy significativa. Estos objetos líticos constituyen un conjunto que supera los varios centenares de piezas, entre los que se han podido identificar hasta 228 artefactos, junto a numerosísimos desechos de talla. No obstante, dicho conjunto lítico responde a un mero muestreo aleatorio que por un lado, y como ya hemos apuntado, procede de varias recogidas no metódicas y por otro, ha aflorado en superficie como producto de las remociones que las labores agrícolas vienen realizando estacionalmente en el lugar. Esta contingencia nos advierte de la improcedencia de realizar estudios cuantitativos y tipométricos generales pues las conclusiones que se pudieran alcanzar serían poco fiables. A pesar de ello creemos posible realizar, al menos, una aproximación a las principales cadenas operativas desarrolladas en el asentamiento de El Charcón, aunque considerando las conclusiones a las que hemos podido llegar como meras hipótesis de trabajo que, como tales, han sido integradas en el estudio general que sobre la economía del sílex en Cerro Ardite estamos en vías de realización.

Hecha esta advertencia podemos indicar que el área estudiada presenta una concentración de artefactos líticos que hace pensar en la existencia en el lugar de activida-

des de talla. No obstante estas evidencias apuntan a trabajos tecnológicamente muy diversos, lo que no puede extrañar si, como hemos adelantado, aceptamos que el yacimiento fue ocupado en distintos momentos y posiblemente para distintos fines. Vayamos por partes.

2.1.1. Producción de hojitas desde núcleos prismáticos

En primer lugar hemos podido aislar la existencia de labores destinadas a la preparación y posterior extracción de soportes desde núcleos piramidales de pequeñas dimensiones. Nos referimos a los núcleos desde los que se obtienen, mediante presión, hojitas prismáticas de pequeñas dimensiones. Culturalmente esta técnica se ha atribuido a las comunidades neolíticas del V-IV milenios a. C., lo que evidentemente no desentonaría en su conjunto con todo el material cerámico «antiguo» que, como veremos, también aparece en el yacimiento. La existencia de esta cadena operativa la fundamentamos en la presencia de una preforma (Fig. 2.1), varios núcleos piramidales (Fig. 2.2-7) y algunas escasas laminillas (Fig. 2.8-16) que fueron extraídas desde aquéllos. A estas últimas habría que añadir también algunas de las hojitas que posiblemente «contaminaron» el ajuar del vecino sepulcro de los Almendrillos y que, dadas sus características formales, bien pudieron ser extraídas desde estos núcleos.

Sin duda, la preforma de núcleo hallada (Fig. 2.1), es la pieza más interesante del conjunto ya que resulta difícil encontrar tales artefactos en depósitos líticos de esta naturaleza. Dicha pieza nos advierte de que el uso de breves crestas (mejor podríamos hablar de pequeñas aristas) no es un recurso exclusivo de los talladores de la Edad del Cobre y propios de los denominados núcleos crestas, sino que ya están presente, en momentos anteriores y facilitan la extracción de las primeras hojitas desde núcleos prismáticos. Pero cabe advertir que, en general, estas preformas antiguas resultan distintas de las características de los grupos megalíticos. Así podemos observar en primer lugar que en ellas se desarrollan solamente una o dos aristas, a diferencia de las tres que son frecuentes en los núcleos tipo «libra de mantequilla» calcólíticos; en segundo lugar que la realización de dichas aristas no alcanza la regularidad de las crestas calcólíticas; y por último que son de tamaños considerablemente menores. Cabe aquí indicar que en la vecina fuente de suministro de El Garrotal hemos identificado varios ejemplares de preformas como el que acabamos de describir, aunque esta técnica de talla no pasa de ser casi anecdótica en el conjunto de la explotación allí desarrollada. En cualquier caso esta técnica de talla descrita tampoco parece alcanzar un nivel cuantitativo demasiado importante en el asentamiento prehistórico de El Charcón, puesto que, como veremos a continuación, la mayoría de las hojas y hojitas encontradas en él fueron extraídas siguiendo otros procesos manufactureros.

2.1.2. Producción y transformación de hojas prismáticas

En el asentamiento proliferan las hojas y hojitas prismáticas extraídas desde núcleos tipo cresta mediante percusión indirecta. Nos referimos a un amplio conjunto de láminas y laminillas sin retocar (Fig. 3) y retocadas (Fig. 4.1-15) que sobrepasan el centenar

de ejemplares y que por el contrario, no encuentran en el asentamiento los núcleos desde los que fueron obtenidas. Se tratan de soportes laminares mayoritariamente fracturados, en las que dominan las secciones trapezoidales y que en los casos conservados, muestran talones especialmente facetados o diedros. La anchura de estas hojas oscila entre los 5 y los 22 mm, aunque los valores porcentuales medios se concentran entre los 8 y 14 mm.

Tipométrica y petrográficamente, la mayoría de estas piezas descritas coinciden con las improntas de los núcleos crestas que proliferan en el afloramiento próximo de El Garrotal, por lo que planteamos, a nivel de hipótesis, que la mayoría procedan de los trabajos realizados en esta fuente de suministro tan próxima. No obstante, no podemos negar que una parte de las hojas de esta naturaleza, pero que sobrepasan en sus anchura los 15 mm, no puede ser relacionada, por el momento, con ninguna explotación local en Cerro Ardite.

Sobre estas hojas prismáticas se desarrollan distintos grados de transformación y, aunque la mayoría aparecen sin retocar, otras ven sus filos afectados de alguna manera. Así, un primer grupo, especialmente las que presentan gran anchura, como hemos dicho, suelen aparecer retocadas (Fig. 4.1-15). En estos casos los retoques frecuentemente son simples y en la mayoría de casos continuos, afectando a uno o dos de sus filos. También algunas piezas pueden presentar la extremidad truncada o alguna muesca aislada en su filo. Entre los útiles más característicos destacan varios geométricos (Fig. 4.16-17) y algunos taladros (Fig. 4.18-19). Un único ejemplar presenta restos de pátina de uso con una distribución en su superficie que apunta a un empuñe oblicuo. Desconocemos por el momento si puede tratarse o no de un elemento de hoz no dentado (Fig. 4.20).

2.1.3. Producción y transformación de lascas

Por el momento carecemos de información sobre las técnicas de producción de lascas que pudieron ser empleadas en este yacimiento. No obstante esta contingencia no puede ser interpretada como reflejo de la ausencia de dichas prácticas. Por el contrario y al igual que ocurría con las hojas prismáticas, muchas lascas pudieron ser obtenidas en el afloramiento de sílex de El Garrotal, que, como hemos reiterado, se encuentra en las proximidades del asentamiento. Por otra parte, entre la abundante presencia de desechos que caracteriza este yacimiento, se observan los que deben ser interpretados como núcleos apurados y restos informes de talla, desde los que se pudieron obtener unas lascas que, por otra parte, se caracterizan por su irregularidad. En cualquier caso, y por encima del papel real que la producción de lascas tenga *in situ* y del aporte que se deba a la fuente de suministro aneja o a otros mecanismos de abastecimiento, lo que resulta evidente es que, frente a técnicas propias desarrolladas en la producción de hojas y hojitas que caracteriza a la Prehistoria Reciente, la producción de lascas en estos momentos no reconoce ninguna técnica elaborada y compleja.

No obstante, existe en este yacimiento una importante cantidad de útiles elaborados sobre lascas, entre los que destacan poderosamente los soportes lascares que han sido empleados para manufacturar puntas de flecha de base cóncava. La existencia de

algunas preformas (Fig. 5.1-2) y de ejemplares mal finalizados o desechados (Fig. 5.3-6) fundamenta esta hipótesis. Por otra parte la hechura de estas piezas, pese a su carácter fragmentario o defectuoso, coincide tanto con algunas piezas aparecidas en la fuente de suministro de El Garrotal como con otras halladas en el interior del sepulcro de los Almendrillos, contingencias ambas que pensamos vienen a fundamentar una producción local de armaduras de flechas en la zona, lo cual no quita que entre el ajuar del sepulcro megalítico se hayan encontrado puntas de flechas ajenas a las descritas y de carácter claramente alóctono.

Junto a las puntas de flechas, numerosas lascas han sido utilizadas para manufacturar muescas y denticulados (Fig.5.7-8), y de forma más puntual aparecen algunas lascas que han sido transformadas en raspadores (Fig.5.9-10) o perforadores (Fig.5.11-12).

En resumidas cuentas, los materiales líticos tallados que presentamos, evidencian la existencia de procesos manufactureros de importancia en el asentamiento de El Charcón, aunque para realizar una lectura coherente de los mismos nos hemos visto obligados a relacionar estos productos con los procedentes de otros contextos arqueológicos documentados en Cerro Ardite. Por otra parte la fisonomía del proceso manufacturero pergeñada es congruente con el resto de materiales hallados en la zona y posibilitan, como veremos, plantear una cronología relativa sólida para este asentamiento prehistórico.

2.2. Artefactos líticos pulimentados

Constituyen un grupo de útiles elaborados mediante técnicas de abrasión para conseguir un filo cortante o una superficie de golpeo. Entrarían en él los tipos de hacha, azuela, escoplo y yunque o martillo (Fig. 6). Los materiales empleados han sido fundamentalmente los gneis, pero también en menor número las diabasas, las cuarcitas y en reducidas proporciones las areniscas finas. El gneis se utiliza fundamentalmente para la obtención de escoplos y hachas de dimensiones reducidas, las con frecuencia denominadas votiva. Las diabasas, sin embargo, se emplean más en la obtención de herramientas de mayor tamaño, las hachas y azuelas propiamente dichas, y en yunques o martillos. Mención especial merece, por su singularidad, lo que parece un afilador de puntas (Fig. 7.13).

2.3. Colgantes y restos malacológicos

En este grupo incluimos todos los objetos que por su morfología o por la naturaleza del material empleado servirían o pudieron servir para colgar, o sea, pueden ser considerados, aunque no sean los únicos, como objetos de adorno pendientes. Se incluyen en él, en primer lugar, los colgantes de piedra con orificio en uno de sus extremos de contorno piriforme (Fig. 7.6), algunos realizados sobre coral (Fig. 7.8); en segundo lugar, aquéllos que tienen perforación central, cuentas de collar, con las variantes prismáticas (Fig. 7.7) y discoidales (Fig. 7.12).

También entran en este grupo los colgantes sobre concha perforada, entre los que destacan por su número los realizados sobre *Columbella rustica*, que en su mayor parte

presentan la perforación, más o menos cuidada, sobre la zona dorsal de la concha (Fig. 7.10) y en otros en la extremidad superior por eliminación de la espiral. En cantidades menores hay otras de mayor tamaño, trabajadas por el mismo procedimiento, caso de las Charonia. Igualmente hay muestras de empleo de Cerastoderma sp. (Fig. 7.11) y de Dentalium, en este caso para conseguir formas tubulares (Fig. 7.9). Se dan igualmente discoidales en conchas.

Por último indicar que se han documentado además otras conchas marinas en este asentamiento como son los casos de Patella y Conus Mediteraneus, sin evidencias de manipulación.

2.4. Pulseras

Se trata de un conjunto formado por un alto número de objetos, contando incluso con ejemplares en vías de elaboración. Incluimos en él todos los artefactos de concha y piedra que presentan un diámetro interno superior a los cinco centímetros y que por ello pudieron servir como objetos de adorno que se acoplaran sobre alguna extremidad del cuerpo, brazo o tobillo.

Se distinguen dos grupos: las elaboradas sobre el filo de conchas del género Glycymeris, de las que conservan en parte las superficies dorsal y ventral, en las que es visible el trabajo de corte y el rebaje en el labio (Fig. 7.1-2). Presentan diámetros de 7 cm de media, dándose en algunos casos 10 cm de diámetro externo y en otros de 5 cm el interno. El segundo grupo lo forman las pulseras de piedras, calizas, mármoles y, en menor medida, pizarras, cuyas alturas de cinta varían desde los 35 milímetros las más anchas, hasta los 3 mm las más estrechas. Los grosores son igualmente diversos, desde los 20 mm hasta los 4. En todos los casos son lisas, a excepción de una de mármol con incisiones paralelas (Fig. 7.3).

2.5. Cerámicas

El material de superficie introduce en cualquier estudio un factor de error que es imposible evitar. Éste viene dado por una selección subjetiva que se añade al riesgo de proceder de reiterados revueltos. Cuando se trata de cerámica este factor se incrementa por la abundancia de la misma y por su naturaleza de realidad fragmentada. No obstante, aquí presentamos un conjunto que, creemos, se ajusta a un horizonte concreto (aunque no esté exento de alguna filtración), ya que se ha realizado sobre material a mano, en su mayor parte son fragmentos decorados (apenas hay unos cuantos bordes lisos) y la decoración responde, a excepción de algún que otro caso, a motivos típicamente neolíticos.

Para una valoración del conjunto nos referiremos, en primer lugar, a las formas. Debido al pequeño tamaño de los fragmentos nos ha sido imposible reconocer ninguna, aunque intuimos que debieron pertenecer a algunos tipos conocidos en otros yacimientos. Así, es fácil colegir que algunos bordes rectos o ligeramente entrantes debieron formar parte de vasijas globulares de cuello cilíndrico o troncocónico (Fig. 8.1, 4). Otros nos indican vasijas globulares sin cuello y otras, las menos, parecen vasijas abiertas.

Al no tener piezas que nos permitan su reconstrucción, el grosor de las paredes de los fragmentos pueden ser indicativos del tamaño de los contenedores. En este sentido cabe hablar de diversidad también, puesto que los hay bastante delgados y otros, por el contrario, muestran vasijas de gran tamaño.

Por lo que respecta a los elementos de sujeción destacan los mamelones de varios tipos, aislados o en grupo (Fig. 9.3). Están presentes igualmente las asas, aunque en su mayoría, se trata no de asas propiamente dichas, sino de elementos prominentes con perforación, verticales u horizontales (Figs. 8.1 y 9.2), en algún caso de túnel (Fig. 9.4). Están presentes también algunas asas-pitorro (Fig. 9.7).

En cuanto a elementos decorativos se da una gran variedad. Hay, por ejemplo, cordones decorativos lisos, cordones con incisiones cortas (Fig. 8.4), cordones con impresiones (Fig. 9.5), motivos incisos con anchuras de punzón diversas, de líneas paralelas rectas, en ángulo (Fig. 8.2), curvadas (Fig. 8.5), retículas (Fig. 8.6), combinadas, etc. No faltan tampoco las impresas, entre las que abundan las de puntos (Fig. 9.6, 8).

Las pastas son mayoritariamente oscuras y de texturas compactas y las superficies, rojizas en su mayoría, no presentan (¿o lo han perdido?) terminaciones cuidadas, siendo sus acabados de aspecto alisado.

CONSIDERACIONES FINALES

Si bien el presente trabajo sólo busca dar a conocer un nuevo yacimiento en el área de Cerro Ardite y teniendo en cuenta que la investigación adolece aún de los oportunos sondeos estratigráficos, existen, no obstante, motivos suficientes para adelantar algunas consideraciones e hipótesis de trabajo a las que hemos llegado tras el estudio de este nuevo yacimiento y su oportuna integración en el área de Río Grande en general y Cerro Ardite en particular, donde los firmantes del presente trabajo desarrollamos, desde hace tiempo, un proyecto de investigación sobre el territorio y su poblamiento humano durante la prehistoria y la protohistoria.

En primer lugar cabe apuntar que la ocupación prehistórica del asentamiento parece arrancar en momentos iniciales del IV milenio, si no antes (en fechas calibradas). Este hecho supone las evidencias más antiguas, por el momento, encontradas en el cerro Ardite, con excepción hecha de la posible explotación puntual del afloramiento de El Garrotal durante el Paleolítico. La fundamentación de esta cronología se sostiene en los materiales típicos de las comunidades neolíticas que se han encontrado en el asentamiento de El Charcón. Las cerámicas decoradas, los elementos de ornamento y parte de la industria lítica así parecen apuntarlo. Un tema bien distinto es la naturaleza del hábitat en el que estos materiales aparecen, pues no existen, en superficie, tal y como adelantamos, evidencias algunas que nos permitan aventurar las características estructurales del mismo. En principio parece evidente que la alta concentración de los materiales en la zona abierta del olivar apunta a una ubicación concreta y bien delimitada de un hábitat humano (Fig. 10, zona A), hecho este que de por sí podría bastar para incluir el asentamiento como un nuevo yacimiento neolítico al aire libre. Y aunque esta contingencia no

es novedosa, pues existen numerosísimos yacimientos en Andalucía, suficientes en cualquier caso, como para aceptar la existencia de asentamientos de superficie en esta época, sí es mucho más infrecuente, por el momento, en la provincia de Málaga, donde sólo conocemos algunos casos aislados, localizados preferentemente en la Axarquía, Tajo de Gomer en Riogordo (Ramos, J. y Martín, E. 1988), Peñas de Alfaratejo y Fuente Conejo en Alfaratejo (Recio, A. y Ramos, J. 1993), La Herriza y Peña Hierro en Cútar (Martín, E. 1989; Martín, E. 1984-85), o en el noroeste de la provincia, en El Puerto de las Atalayas en Ardales (Ramos et alii 1992).

No obstante, tenemos que plantear otras dos hipótesis factibles que pueden explicar la formación real del yacimiento neolítico. La primera de ellas apuntaría a que la concentración de materiales es resultado de su desplazamiento posdeposicional desde una cavidad, conocida como «Cueva» del Moro que se eleva, prácticamente en línea recta, unos 40 metros sobre el olivar de El Charcón (Fig. 10, zona C). Dicha cavidad, en la actualidad cegada y sin posibilidades de exploración, parece ser que hace años estuvo practicable y fue reiteradamente visitada por los vecinos del lugar. Nuestra observación no ha podido comprobar el auténtico desarrollo cárstico de dicha cavidad, que hoy se nos presenta simplemente como una amplia dolina colmatada de grandes bloques, ni tampoco hemos conseguido identificar las evidencias de ocupación humana prehistórica en su interior, lo que en último caso deja abierto, por el momento, la hipótesis que apunta a una posible ocupación cavernícola del lugar, de la que, en este supuesto, se coleccionaría arqueológicamente el material de El Charcón como simple depósito secundario. En cualquier caso es bien cierto que esta hipótesis que barajamos choca con el hecho relevante de que el área intermedia (Fig. 10, Zona B) entre el olivar y la cavidad que hemos mencionado, adolece de los restos arqueológicos, que en buena lógica deberían haber quedado «a medio camino» en su desplazamiento ladera abajo.

Una última probabilidad sería aquélla que, sin negar la posible existencia de una ocupación de la «Cueva» del Moro durante el Neolítico, el material del olivar de El Charcón nos estuviera informando de la existencia de dos ámbitos distintos dentro del mismo asentamiento, correspondiendo los materiales de superficie a las labores domésticas que se realizaron en el umbral de la «cueva», al modo, por ejemplo, de lo observado en el Abrigo de los Porqueros en Molina (Márquez, J.E. 1988), lo que en cualquier caso también se compaginaría con la ocupación de facto de la cavidad.

Una segunda fase cultural puede aislarse en el asentamiento. Nos referimos a un momento Neolítico Final-Cobre Antiguo que se identifica, sobre todo, por la proliferación de artefactos líticos tallados propios de estos momentos, especialmente las hojas prismáticas de mediano y gran tamaño y las puntas de flechas (Márquez, J.E. 1999). Esta eventualidad nos relaciona esta segunda ocupación humana con la principal explotación de los recursos líticos de la fuente de suministro de El Garrotal y con la posible construcción del vecino sepulcro megalítico de los Almendrillos. Ante tal tesitura podríamos correlacionar esta ocupación del asentamiento con la fecha absoluta obtenida en el interior del sepulcro (GrN25302 4450±20 BP / Calibrada 3326-3022 B.C), (Fernández, J. y Márquez, J.E. ep), lo que supondría que la última ocupación de El Charcón, última en época prehistórica, puesto que existen evidencias más recientes que no abordamos en este trabajo, pudo tener lugar en torno al 3100 a.C.

La fisonomía de este asentamiento de El Charcón se ajusta al modelo de poblamiento megalítico dominante en nuestra provincia y en otras áreas andaluzas (Fernández, J. 1988; Márquez, J.E. y Fernández, L.E. 1998). Estos asentamientos se caracterizan por construcciones endebles, fondos de cabañas, o estructuras semisubterráneas, junto a ocupaciones puntuales de cuevas naturales. Pero especialmente destacan por el irrelevante papel que tienen a nivel de visibilidad y demarcación territorial y por la manifiesta movilidad de la población que se encierra ante esta manera tan particular de proyectarse en el paisaje. No debe extrañar, por tanto, que el asentamiento de El Charcón se añada a una ya larga lista de asentamientos megalíticos en la provincia de Málaga, que reflejan, articulados con los sepulcros megalíticos que le son propios, un modelo de territorialidad que estará en vigor en nuestra provincia hasta la aparición de los primeros poblados sedentarios y plenamente agrícolas (J.E. Márquez e.p.(a)).

Cabe advertir que el hecho que se insinúa en el análisis de los materiales, o sea, la ocupación del lugar primeramente en momentos Neolíticos y en un segundo momento en fase ya Neolítico Final-Cobre Antiguo, no puede interpretarse como reflejo de una ocupación ininterrumpida o continuada del mismo. Todo lo contrario, y esto parece olvidarse con demasiada frecuencia, responde al simple solapamiento que se produce cuando un mismo espacio es ocupado de forma recurrente a lo largo de los siglos, pero respondiendo a patrones de asentamiento que son por naturaleza muy distintos.

Otro tema que debemos abordar es la posible relación y naturaleza del asentamiento en su fase más reciente con las explotaciones de materia prima silíceo existente en la fuente de suministro de El Garrotal. Con demasiada frecuencia se relacionan explotaciones de recursos abióticos con el asentamiento más próximo, de forma simplista y sin fundamentar dicha afirmación en argumentos que vayan más allá de la simple proximidad física, como si ésta, por acusada que fuera, supusiera también la proximidad cultural o cronológica. Como hemos visto, la relación tipométrica y petrográfica de las hojas prismáticas halladas en el asentamiento y la de las improntas de los núcleos, fundamenta nuestra hipótesis de que los ocupantes de El Charcón explotaron el afloramiento silíceo, pero esta contingencia no puede suponer: a) que fue el único grupo que realizó el beneficio del afloramiento, b) ni que dicho afloramiento fue explotado sólo en estos momentos, y c) ni mucho menos que dicho grupo «controló» el acceso a dichos recursos abióticos.

Ya hemos comentado en otro lugar (Márquez, J.E. e.p.(b)) que las explotaciones, en ocasiones espectaculares, de las áreas fuentes de materia prima silíceo del Subbético durante la Prehistoria Reciente no deben interpretarse como evidencias de procesos de intensificación de la producción, sino como resultado de explotaciones preferenciales y recurrentes, que en un uso prolongado terminan por constituir arqueológicamente espacios con ingentes cantidades de productos de talla. En estos términos explicamos nosotros la explotación de El Garrotal en Cerro Ardite. Y consecuentemente pensamos que El Charcón (especialmente en su fase megalítica) responde a un asentamiento estacional que pudo beneficiar los recursos silíceos, pero que ni acaparó ni distribuyó los soporres extraídos. No obstante, la aparición recurrente de sepulcros megalíticos en las proximidades de los afloramientos, como bien se ha observado en otras áreas fuentes de nuestra provincia (Aguayo, P. 1995), creemos, pudo responder a una sacralización del espacio, que quizá pudo conllevar algún tipo de privilegios o por el contrario de restricciones en el acceso de los grupos a estos recursos, pero en cualquier caso lejos de res-

ponder a mecanismos de control centralizado desde los asentamientos vecinos y menos aún como reflejo de procesos de intensificación orientados a la creación de redes de intercambio a larga distancia. La «movilidad» evidente que muestran los artefactos tallados durante la Prehistoria Reciente puede ser explicada satisfactoriamente desde los mecanismos de intercambio y reciprocidad que caracterizan a las sociedades clánicas (Márquez, J.E. e.p. (b)) sin tener que recurrir a dispositivos sociales y económicos más complejos, más si cabe, si entre estas sociedades se seguían produciendo desplazamientos estacionales de la totalidad o parte del grupo.

Por último cabe analizar la relación entre el asentamiento y el sepulcro megalítico de los Almendrillos. Como ya adelantamos, consideramos que sólo puede establecerse una correspondencia cronocultural entre el enterramiento y la fase más reciente del asentamiento. La ausencia de cerámicas decoradas, de pulseras y brazaletes en el ajuar aleja la posibilidad de una ocupación «antigua» del sepulcro. Por el contrario sí resulta factible que los ocupantes del asentamiento en momentos Neolítico Final-Cobre Antiguo pudieran haber participado activamente en la realización del enterramiento megalítico, incluso se podría plantear que el lugar pudo responder a la ocupación del grupo desarrollada «durante» el proceso de construcción del enterramiento.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUAYO, P. (1995): «El fenómeno megalítico en la zona occidental de la Cordillera Bética». *Actas del 1º Congreso de Arqueología Peninsular* vol. VIII, Porto, pp. 151-165.
- FERNÁNDEZ, J. (1988): «Factores que intervienen en la situación de los asentamientos durante las primeras etapas metalúrgicas en la Provincia de Málaga». *Mainake* nº 11, Excma. Diputación Provincial de Málaga, pp. 195-210.
- FERNÁNDEZ, J. y MÁRQUEZ, J.E. (1985): «El taller lítico de Ardite, Coín (Málaga)». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, nº 10, Granada, pp. 103-129.
- FERNÁNDEZ, J. y MÁRQUEZ, J.E. (e.p.): «Avance al estudio del Sepulcro megalítico de la Cuesta de los Almendrillos de Ardite, Alozaina (Málaga)», *III Simposio de Prehistoria Cueva de Nerja, Las primeras comunidades metalúrgicas de la Prehistoria de Andalucía, Homenaje al Profesor Arribas Palau*.
- FERRER, J.E. (1984): «La prehistoria en Málaga». En *Málaga Tomo II, Historia*, ed. Andalucía, Granada, pp. 379-418.
- MÁRQUEZ, J.E. (1988): «El taller lítico del Abrigo de los Porqueros (Mollina, Málaga)». *Mainake*, X, Excma. Diputación Provincial de Málaga, pp. 25-50.
- MÁRQUEZ, J.E. (1999): «La producción lítica tallada de las comunidades de la Edad del Cobre y del Bronce en la Provincia de Málaga» *Mainake* XVII-XVIII, Excma. Diputación Provincial de Málaga, pp. 55-72.
- MÁRQUEZ, J.E. y FERNÁNDEZ, L.E. (1998): «Los asentamientos humanos en las fases iniciales de la Edad del Cobre en la provincia de Málaga». *Estudios Pre-históricos*, vol. VI. *Actas do Coloquio A Pre-historia na Beira Interior*, (Tondela), 21-23 de Noviembre de 1997. *Viseu*, 259-277.
- MÁRQUEZ, J.E. (e.p.(a)): «Territorio y cambio durante el III milenio a.C. Propuestas para pensar el tránsito del Calcolítico a la Edad del Bronce en las comarcas malagueñas». *Baetica* nº 22.
- MÁRQUEZ, J.E. (e.p.(b)): «El asentamiento del Peñón del Oso (Villanueva del Rosario, Málaga) y la economía del sílex a finales del III milenio a. C.». *III Simposio de Prehistoria Cueva de Nerja, Las primeras comunidades metalúrgicas de la Prehistoria de Andalucía, Homenaje al Profesor Arribas Palau*.
- MARTÍN, E. (1984-85): «Peña Hierro: un asentamiento prehistórico al aire libre», *Mainake*, VI-VII, Excma. Diputación Provincial de Málaga, pp. 5-28.
- MARTÍN, E. (1989): «La industria lítica tallada y el poblamiento neolítico en la zona oriental de Málaga». *Actas del XIX Congreso Nacional de Arqueología*, vol. I, Castellón de la Plana 1987, Zaragoza, pp.189-190.
- RAMOS MUÑOZ, J.; ESPEJO, M. y CANTALEJO, P. (1987): *El taller calcolítico del Castillo del Turón, Ardales (Málaga)*, Ayuntamiento de la Villa de Ardales, Granada,.
- RAMOS, J. y MARTÍN, E. (1987): Tajo de Gomer (Riogordo, Málaga). Un asentamiento neolítico al aire libre en el Alto Vélez. *Publicaciones arqueológicas del Excmo. Ayuntamiento de Vélez-Málaga*, nº 2, Málaga.
- RAMOS, J.; MARTÍN, E.; RECIO, A.; ESPEJO, M. y CANTALEJO, P. (1992): «Puerto de las Atalayas (Ardales, Málaga). Una aldea neolítica al aire libre». *Butlletí de L'associació arqueològica de Castelló*, nº 12, Castellón, pp. 27-44.
- RECIO, A. y RAMOS, J. (1993): «Prospección arqueológica en Alfarnatejo (Málaga)», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1991, vol. III, Actividades de Urgencia, Cádiz, pp.350-352.

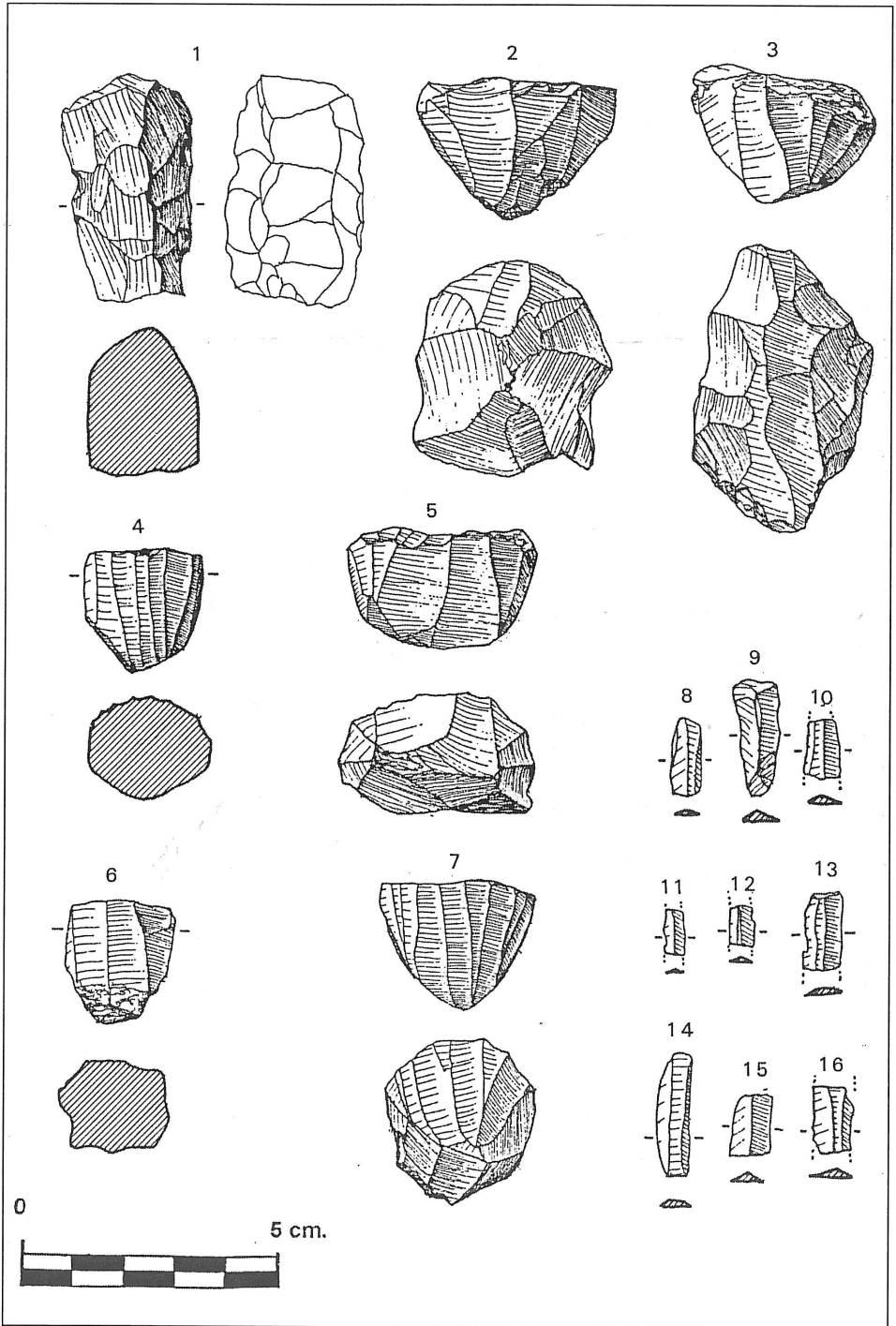


Fig. 2. Artefactos líticos tallados

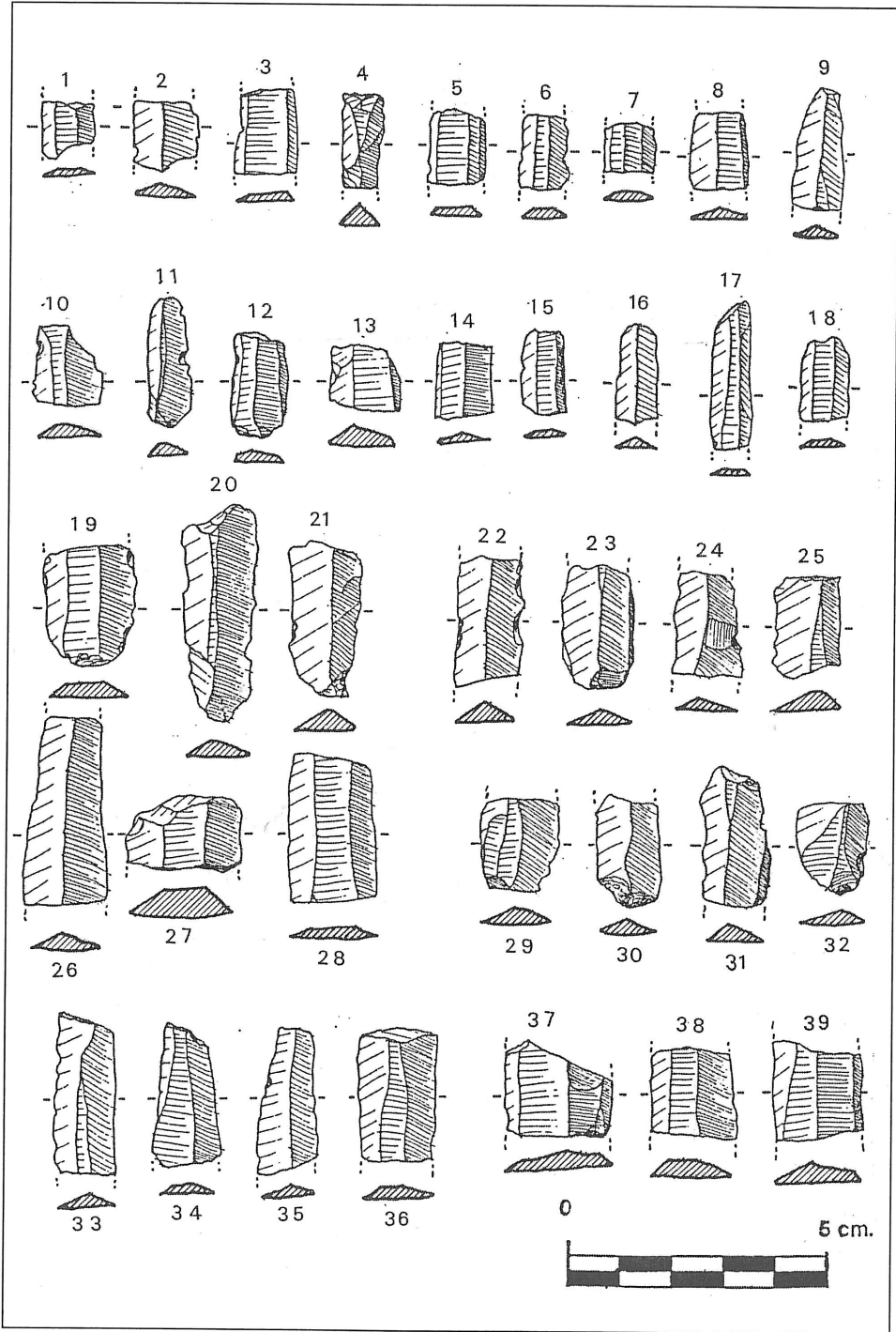


Fig. 3. Artefactos líticos tallados

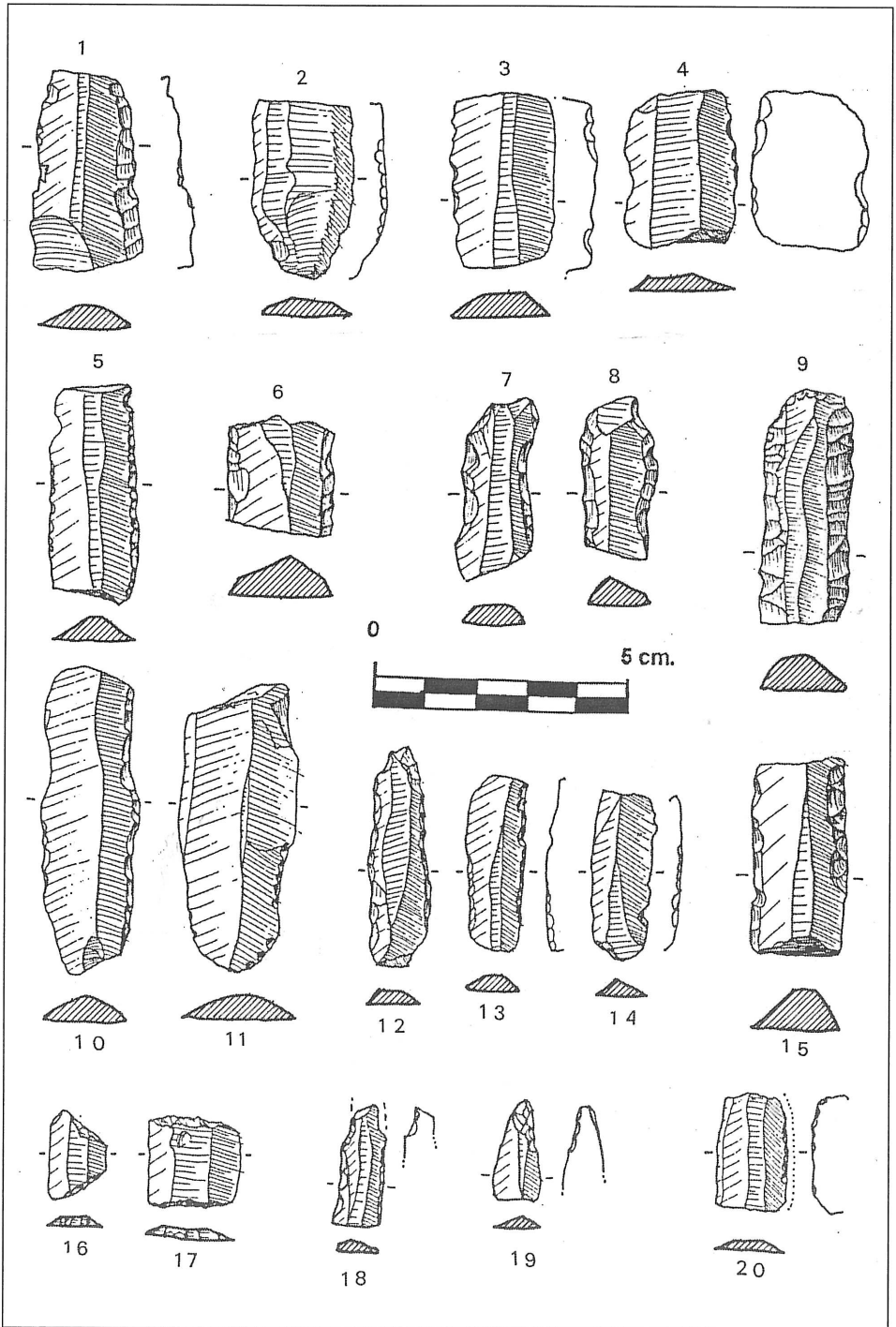


Fig. 4. Artefactos líticos tallados

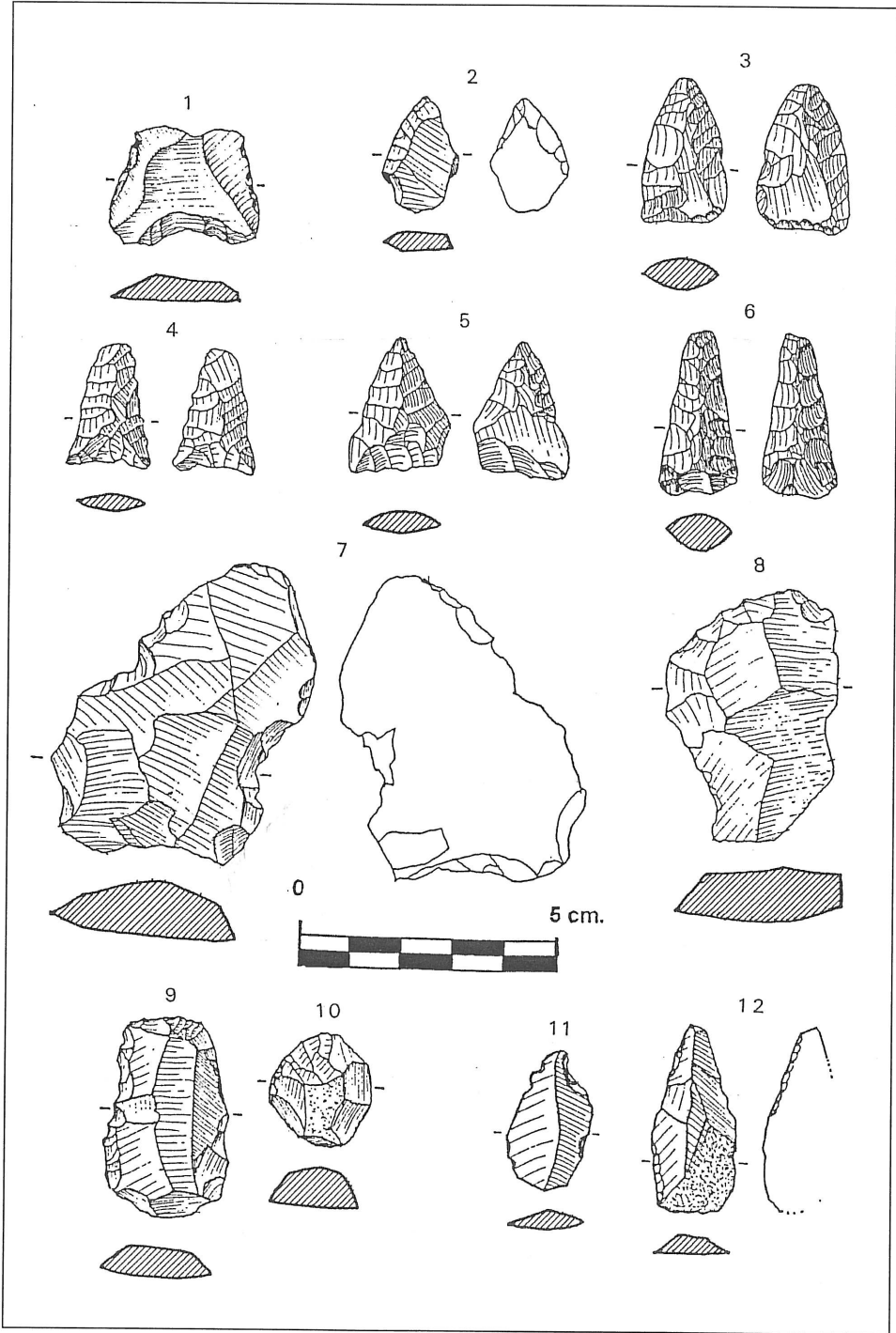


Fig. 5. Artefactos líticos tallados

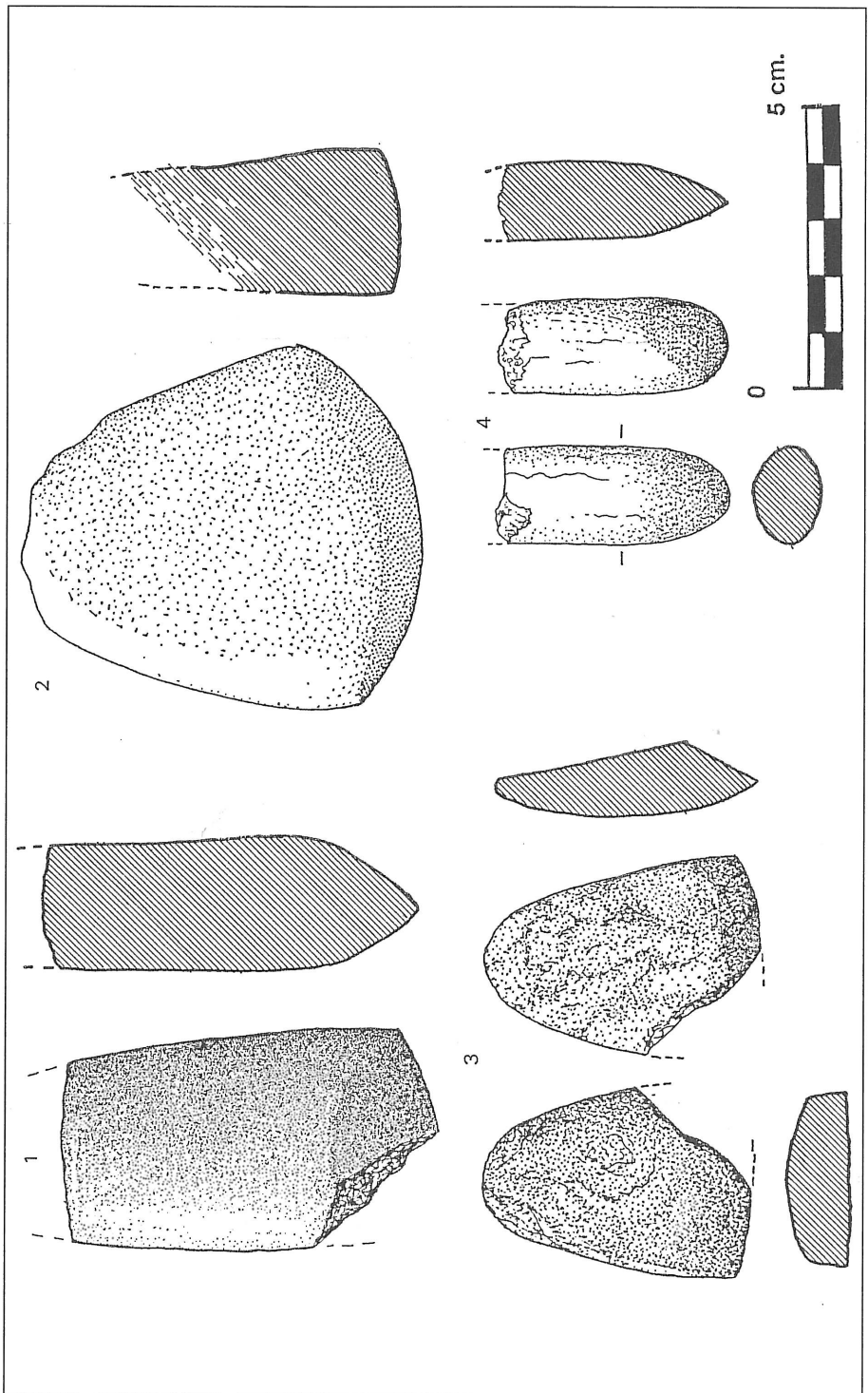


Fig. 6. Artefactos líticos pulimentados

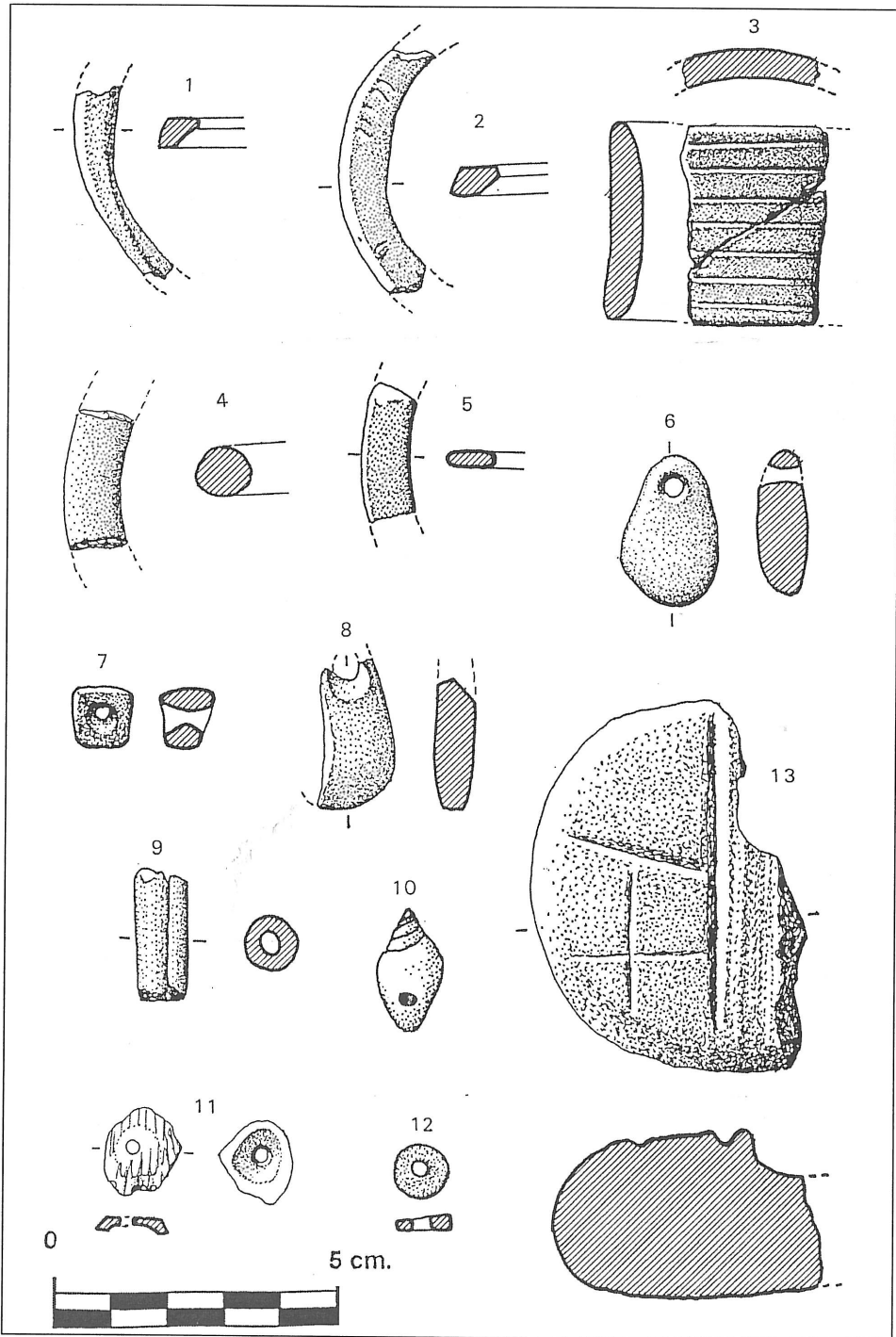


Fig. 7. Pulseras, colgantes y otros

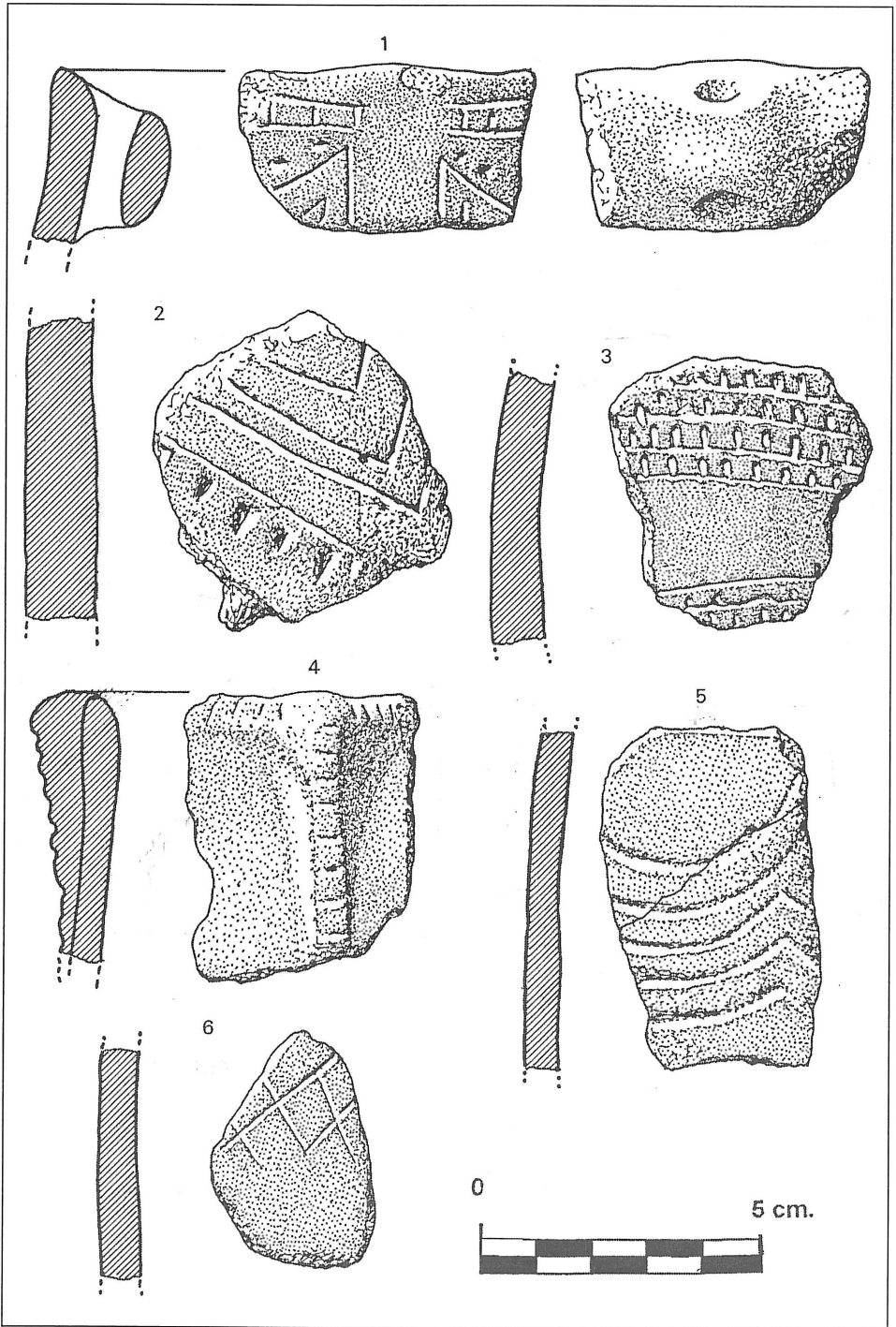


Fig. 8. Cerámicas incisas

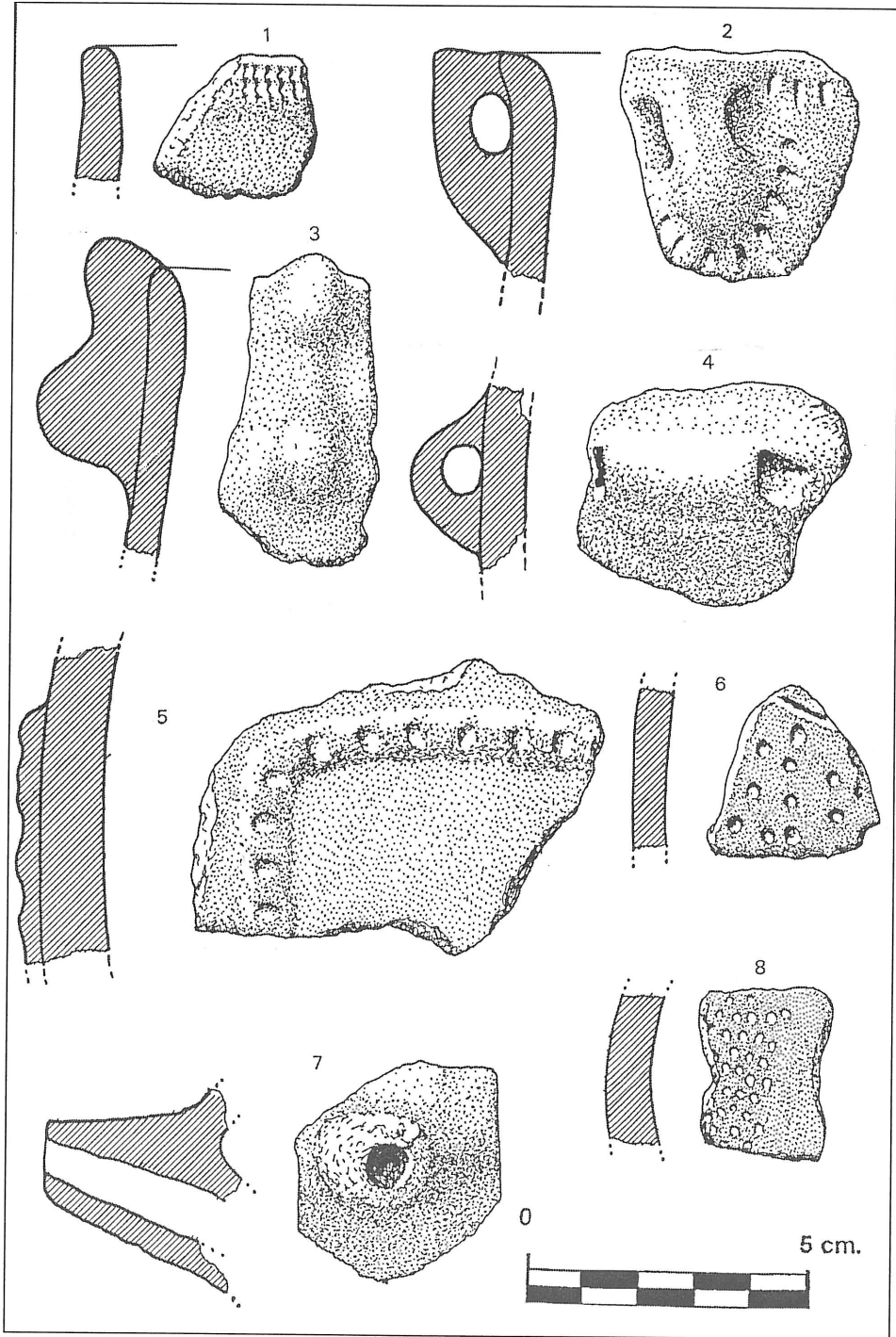


Fig. 9. Cerámicas impresas

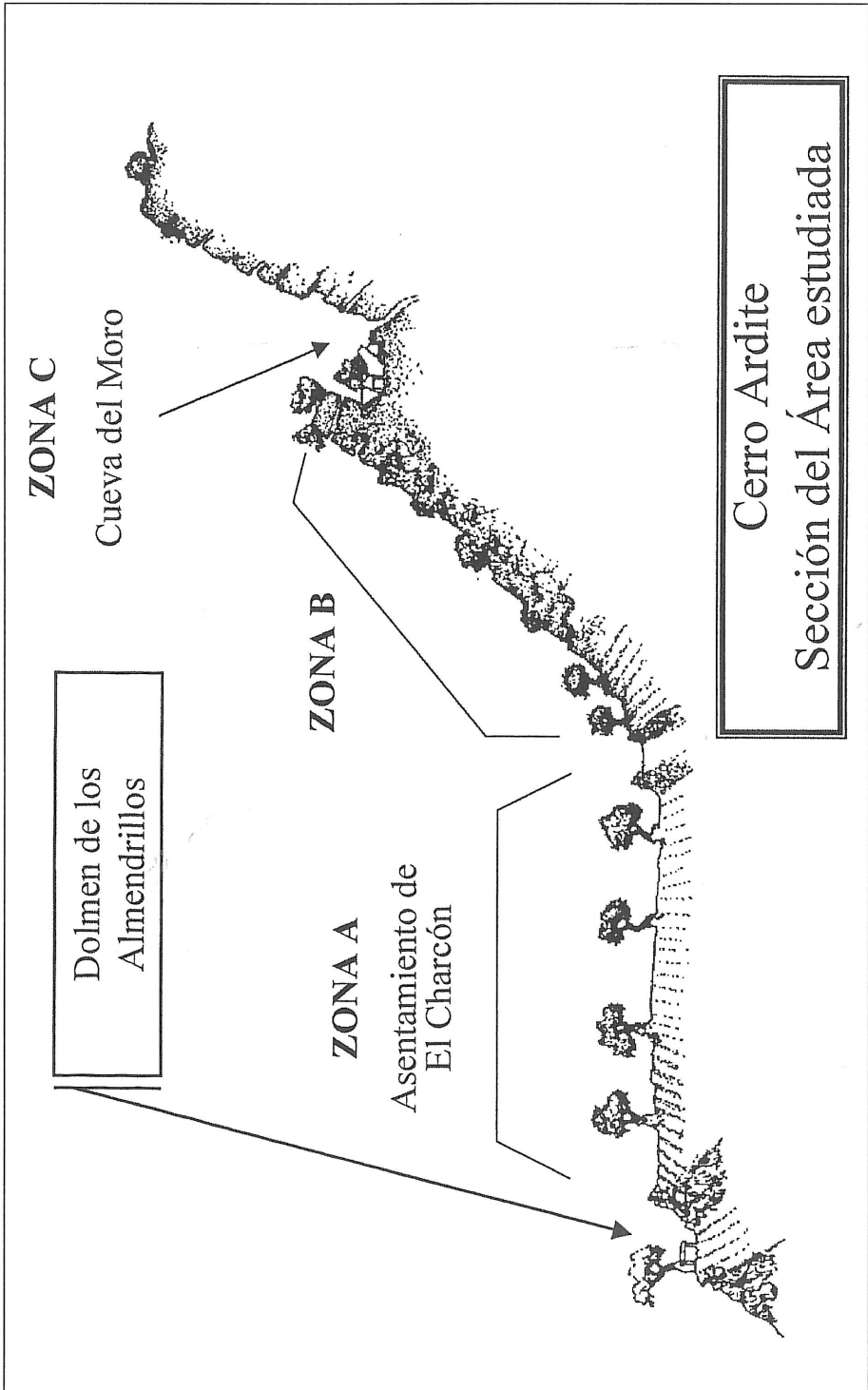
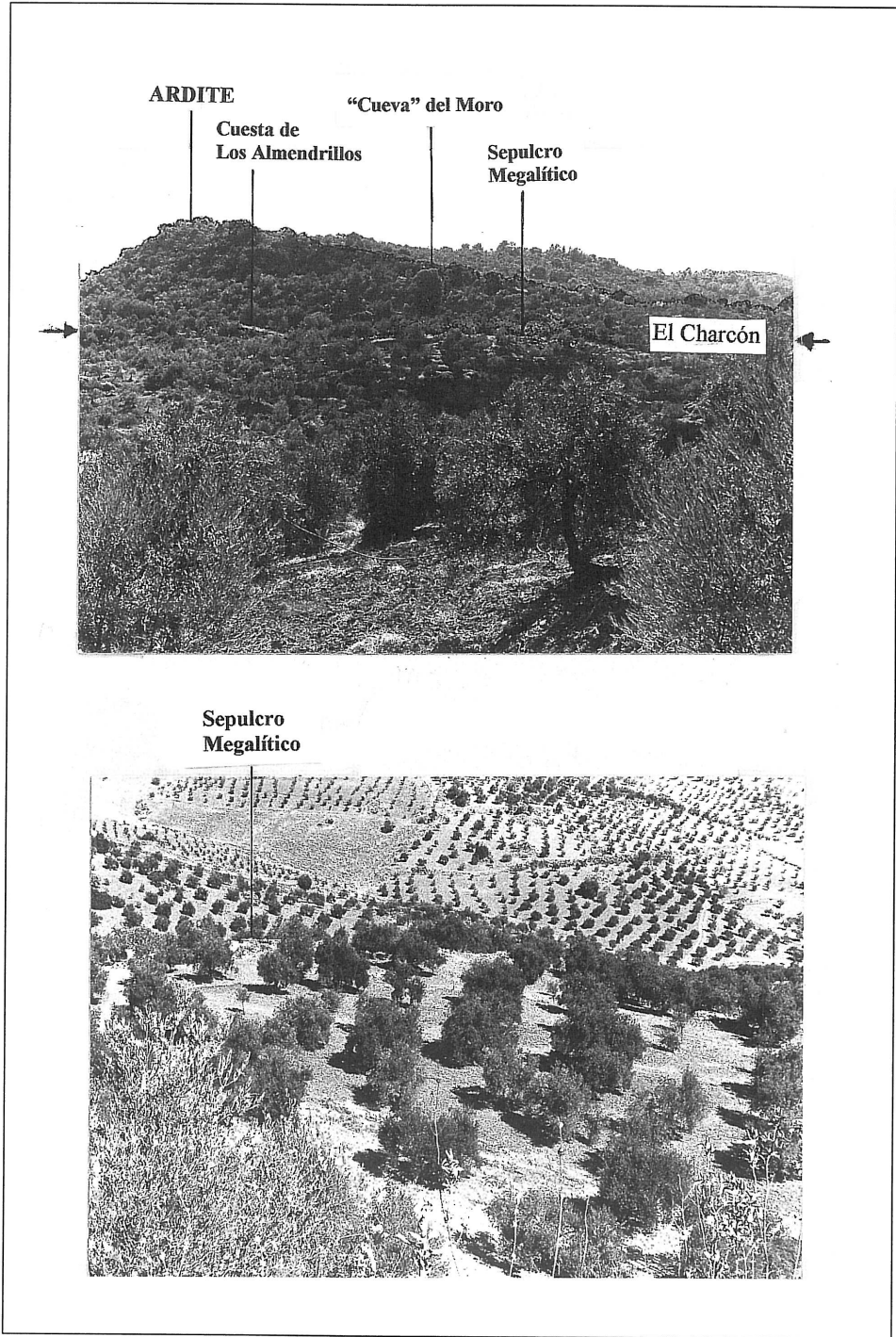


Fig. 10. Croquis de la localización del asentamiento de El Charcón



Lám. I. Ardite desde el Norte y El Charcón desde la «Cueva» del Moro